

R A Q U E L ⁽¹⁾

ALFONSO

¡O suerte miserable de los Reyes,
 cuán vanamente el fausto os lisonjea,
 si juzgáis, os exime de cuidados
 el poder, la corona, y la opulencia!
 ¡O nombre ciegame apetecido!
 ¡O títulos pomposos de grandeza,
 solo sonido, vanidad y viento!
 ¿Quién, que os conozca, habrá que os apetezca?
 ¿Pues qué sirve el poder en los Monarcas,
 si siempre el Rey en sus acciones queda
 sugeto a la censura del vasallo,
 que injusto las abona, o las reprueba?
 ¿Qué sirve la Corona, si su engaste
 es de la voluntad fuerte cadena,
 prision equivocada con imperio,
 y esclavitud llamada independencia!
 ¿Para qué es la opulencia, si los graves
 cuidados, que a los Reyes nos rodean
 tiranizan el gusto de gozarla,
 ocupandole siempre en estenderla?
 ¡O fortuna envidiable del villano,
 contento en la humildad de su bajeza,
 y libre de los sustos y desvelos,
 que de continuo al poderoso cercan!

(1) Parlamento de la tragedia de este mismo nombre, en tres jornadas. (Jornada segunda).

¡O mesa venturosa, que guarnece
 grosero plato de paterna herencia,
 que conviertes en sabroso y delicado
 aquel placer, que a tu contorno vuela?
 Pagiza habitación de la alegría,
 a cuyo umbral humilde nunca llega
 ni de la envidia el tiro venenoso,
 ni el impetu cruel de la soberbia.
 ¡Cuánta ventaja haceis a los altivos
 Alcazares Reales, que aposentan
 por huéspedes perpetuos de sus techos
 desvelos, sinsabores y sospechas!
 ¡Cuán libremente sus deseos goza
 el simple labrador, cuya pobreza
 ni excita emulación en sus iguales,
 ni en los más poderosos competencia!
 Si al pellico y cayado el cetro de oro,
 la púrpura Real trocar pudiera,
 ¡qué ventajoso el cambio juzgaría!
 ¡Con qué libertad en las florestas
 del amor solamente frecuentadas
 gozara tu hermosura, Raquel bella!
 Nunca de estado la razón tirana
 tanto bien, tanta gloria me impidiera.
 ¡O suerte! ¡O condicion! ¡O Reyno, quanto,
 me debeis, si á Raquel por causa vuestra
 de mi separo! ¿Pero qué pronuncio?
 ¿Podrás, Alfonso, tú, vivir sin ella?
 No: que mi vida pende de sus ojos:
 no: que en su pecho mi alma se aposenta.
 Mas la razón, el Reyno, mis vasallos,
 mi honor, su misma vida, las estrellas,
 todo influye en su ausencia. ¡O suerte injusta!
 ¡O cruel dolor! ¡O barbara violencia!

Vicente GARCÍA DE LA HUERTA

RECUERDOS

LENTEJUELAS

Por Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros y de San Miguel, C. de la Real Academia de la Historia.

EN la primera década de nuestro siglo, las cupletistas, que tanto auge empezaron a tomar, tenían una especie de uniforme para presentarse en escena. Variaban los colores de los trajes, pero no la forma: corpiño ceñido, gran escote, brazos al aire, talle de avispa y falda corta, con mucho vuelo y muchos volantes por la parte interior. En el material utilizado para el adorno, tampoco había variación: lentejuelas brillantes, de todos los colores, que refulgían como chispitas—millares y millares de chispitas—al recibir los chorros de luz de los focos.

La figura cumbre, el número uno en el género del cuplé, fué *La Fornarina*. La que tomó este nombre de la modelo de Rafael, el gran pintor italiano, se llamaba, realmente, Consuelo Bello. Su temperamento artístico se había perfeccionado en Francia; las músicas de sus canciones, eran casi todas francesas. Su delicada belleza, sus modales exquisitos, hacían de ella una artista finísima, sin un atisbo de chabacanería. Aún cantando en muchas ocasiones letras excesivamente picantes, nunca producían malestar ni excitación en el auditorio, porque sus ademanes discretos y la dulzura suave de su hermosa voz limaban las asperezas.

Yo era muy niño—apenas tenía seis años—cuando conocí y traté muy íntimamente a *La Fornarina*, por unas particularísimas circunstancias. Ella estaba entonces en la cumbre de su fama y había ido durante el verano, contratada por el Gran Casino Peninsular, a Figueira da Foz, una de las mejores playas de Portugal. En el mes de Agosto, todas las noches, a primera hora, estuvo actuando en el hermoso salón de fiestas del citado casino, con un éxito extraordinario. Por la mañana bajaba a la playa. Su toldo caía junto al nuestro, pues, aunque no lo he dicho, yo también veraneaba entonces con mi familia en Figueira.

Mis padres y abuelas no solían bajar a la playa, a la que íbamos mis dos hermanas y yo, acompañados por la niñera, Isabel Domín-